

con sus tramas ocultas al establecimiento de la herejía que tan vivamente habia combatido hasta entonces, y que tenia siempre designio de esterminar.

Era necesaria en el nuevo favorito una destreza estremada para disimular sobre un punto tan delicado: mas no tardó en manifestar que esta consumada falacia no era superior á sus disposiciones (1). Enviado á Roma para el negocio del divorcio, aunque enteramente luterano en su alma, llevó tan adelante el disimulo, que Clemente VII le hizo su penitenciario, lo que prueba que era sacerdote, y él aceptó este oficio sin manifestar el menor escrúpulo. Pasó inmediatamente despues á Alemania para manifestarse allí á los protestantes sus amigos, á quienes no obstante pretenden que favoreció poco seduciendo á la hermana de Osiandro, uno de los principales entre ellos; y fue obligado á casarse con ella. Si todas estas circunstancias no son incontestables en la cronología, á lo menos es constante que contrajo este matrimonio siendo sacerdote, y despues de que le habian hecho espeler del colegio de Cambridge. Así conculcaba todos los cánones, añadiendo al crimen de la incontinencia el borron de la bigamia, que le excluía por sí solo del presbiterado, aun cuando hubiese contraído este segundo matrimonio antes de la recepcion del sacerdocio. Pero los que se llaman reformadores, se mofan en su corazon de los santos cánones y de los votos mas sagrados. No sucedia lo mismo respecto

(1) *Ibid.* 36. &c.

de Enrique VIII, con el cual era necesario emplear todos los estratagemas del engaño para ocultarle lo que el Rey miraba con toda la Iglesia como el colmo de la disolucion, y la señal característica de la impiedad.

Cuando Cranmer fue instituido arzobispo, hizo antes que se procediese á la ordenacion el juramento de fidelidad que se habia acostumbrado hacer al Papa por espacio de muchos siglos. Esto no fue sin escrúpulo, á lo que dice su vano apologista; pero este escrúpulo no tuvo efecto alguno. Aquella conciencia timorata lo salvó todo, protestando que por este juramento no pretendia dispensarse en cosa alguna de sus deberes contra su conciencia, su Rey y su patria: filacteria engañosa, ó puro pleonasma, pues que nada añade ni quita á un juramento que no perjudica á alguno de estos deberes, y que aun reserva los derechos del que le hace, por esta cláusula espresa: *Salvo ordine meo*. Mas en fin, ó el juramento de Cranmer fue un perjurio, ó le obligaba á reconocer la potestad absolutamente espiritual del Papa. Pero él no creía en ella, mientras que la confesaba en los términos recibidos, y solo eludia el sentido natural de su confesion con restricciones ininteligibles y engañosas. ¿En qué podria haber perjurio si semejante protestacion pudiese desvanecerle? Mas Cranmer, que fue consagrado con todas las ceremonias del pontifical, no hizo la misma protestacion contra otras muchas obligaciones que impone: como de recibir con sumision las tradiciones de los padres y las constituciones de la Silla

segundo matrimonio, é hizo luego coronar con mucha pompa á su nueva esposa.

17. Hacia dos años que se hablaba del matrimonio de un hijo de Francisco con una sobrina de Clemente VII; pero todos los que se preciaban de políticos lo miraban como una quimera (1). La grandeza de los Médicis era tan reciente, que no podian persuadirse á que la augusta sangre de Francia estuviese tan próxima á mezclarse con la suya. Carlos V, consultado por el Papa, no se le opuso al principio, en un proyecto que le parecia un juego; pero cuando llegó á percibir que la negociacion era seria, ya no tuvo tiempo de detener el golpe. El recobro del Milanésado, que hacia muchos años deseaban con ardor los Reyes de Francia, y que Clemente VII prometia reunir á otros grandes dominios en favor del esposo futuro de su sobrina, compensó en el aprecio de Francisco I todas las desigualdades de una alianza tan desproporcionada. Así pues, apenas se resolvió el negocio, cuando el Pontífice partió con su sobrina Catalina, de edad de solos trece años, para encontrar al Rey en Marsella. Las galeras de Francia habian ido á recibirle á Pisa, junto con toda su corte, que era muy numerosa (2). Entró en el puerto al estruendo de trescientas piezas de artillería, y al dia siguiente hizo su entrada solemne. Las calles estaban adornadas de ricas tapicerías, todos los cuerpos eclesiásticos y seculares precedian en buen orden, junto con

(1) *Du Bellai. lib. 4.* (2) *Hist. de Marsell. pág. 319. = Rain. ann. 1533. n. 78. et seq.*

los oficiales de la corte pontificia y la mayor parte de los del Rey. Venia luego la santa Eucaristía, llevada sobre un caballo de una blancura extraordinaria, que dos hombres vestidos magníficamente conducian por las riendas de seda. Inmediatamente despues se veía en una silla abierta al Papa, revestido de todos los ornamentos pontificales, á escepcion de la tiara, que se habia quitado por respeto al Santísimo Sacramento. Acompañábanle los duques de Orleans y de Angulema, hijos del Rey, y seguian catorce cardenales montados en mulas, y cincuenta ó sesenta obispos y arzobispos. A corta distancia se distinguia la jóven Catalina de Médicis, rodeada de una brillante comitiva de damas y de nobleza. Fueron á apearse á la catedral, donde cantaron el *Te Deum*, y el Sumo Pontífice dió su bendicion.

El dia siguiente, dos cardenales en calidad de legados fueron, seguidos de todo el sacro colegio con el decano á la cabeza, á saludar al Rey de parte del Papa; y despues de haberle besado todos la mano, le condujeron á la audiencia de su Santidad. Véase aquí el orden del ceremonial, formado entonces mismo por el maestro de ceremonias del palacio pontificio. En primer lugar se veían cien maceros con sus uniformes: despues de ellos los gentiles-hombres de la guardia del Rey, los señores de ambas cortes, el gran maestre de Francia, y el maestro de ceremonias del Papa, marchando uno y otro en la misma línea. Descubriáanse luego los duques de Orleans y de Angulema, despues los cardenales, obispos, presbíteros y

diáconos. En fin, el Rey marchaba entre los dos prelados mas antiguos de este tercer orden, y cerraban la marcha los prelados ordinarios y la gente de librea. El Monarca entró en el consistorio, acompañado de los dos duques sus hijos, y algunos de los principales señores de su corte. Besó los pies, la mano y la megilla del santo Padre, sus dos hijos besaron los pies y la mano, y los señores solo besaron los pies. Hubo un consistorio particular para la recepcion del Delfin, el que fue tratado en la audiencia con una distincion igual á la del mismo Rey; y otro para la Reina Leonor y para las Princesas hijas del Rey. Los festines, los torneos, los espectáculos de toda especie, y los regalos se hicieron con la misma magnificencia que lo demás de la ceremonia. La liberalidad del Rey llegó hasta señalar pensiones á todos los cardenales, escepto únicamente el cardenal de Médicis, porque en su calidad de sobrino del Papa creyó no deberla aceptar. El Papa admitió una rica tapicería, toda tegida de oro y seda que representaba la cena de nuestro Señor. Esta subsiste todavía en Roma: allí se ven, no sin admiracion, los progresos que habian hecho ya las artes. El Pontífice dió recíprocamente al Rey una asta de Rinoceronte, montada sobre un pie de oro, y que pasaba por una maravilla de las mas singulares. Creó luego cuatro cardenales franceses, de cuyo número fue Odet de Chatillon, obispo de Beauvais, entonces de edad diez y siete años, y despues tan famoso por la apostasia á que le arrastraron la aversion al celibato y el ejemplo del

almirante de Coligni su hermano. Lo que añade mucho al mérito de esta promocion es, que antes habia ya seis cardenales franceses, cuyo número fue de este modo aumentado hasta diez, contra las antiguas preocupaciones de la política italiana.

18. Como el objeto directo de la conferencia era el matrimonio de Catalina de Médicis con Enrique de Orleans, dieron principio por este negocio, el cual, estando ya resuelto, no tardó en terminarse. El mismo Papa hizo la ceremonia del matrimonio, despues de lo cual se trató del concilio general, pero sin resolver nada, porque no pudieron convenir en el lugar de la asamblea. Para alejar, sin embargo, los peligros en que las maniobras de la heregia ponian incessantemente á la iglesia de Francia, publicó el Papa una bula fulminante contra todos los que la favorecian en cualquier manera que fuese. Estuvo muy distante este remedio, como nos lo demostrará la série de los sucesos, de ser proporcionado al mal. En la buena armonía con que Francisco I, amigo tan generoso, corria con Clemente VII, no olvidó los intereses del Rey de Inglaterra. Hizo valer en extremo hasta los menores pasos que daba este Príncipe para terminar el negocio amigablemente: dió un colorido favorable á los procedimientos equívocos: palió ó suavizó los yerros manifiestos: hizo obrar de nuevo en la corte de Londres: en una palabra, procedió tan diestramente con Clemente y con Enrique, que si éste no hubiera tomado empeño, por decirlo así, en molestar al Papa é inutilizar los buenos oficios del Rey su

amigo, ó habrían hecho una composición; ó á lo menos se hubiera usado de una lentitud capáz de prevenir los últimos escándalos. El Papa, que ignoraba todavía lo ocurrido en Inglaterra, habia prometido juzgar esta causa en un consistorio, del cual serian escludidos los cardenales del partido del Emperador.

19. Habiendo logrado Francisco I inclinar á Enrique á que enviase embajadores al Papa, creyó ganar un triunfo al verlos llegar á Marsella; pero se encontró con que el gefe de esta embajada, Gardiner, obispo de Winchester, hombre por otra parte de un genio duro é indócil, no estaba autorizado con los poderes convenientes. El inglés receloso solamente se propuso en esto tener en Marsella gentes de su confianza, ya para examinar, ya para activar el celo del Monarca francés en su servicio. Francisco I, no atendiendo mas que á su candor y á la bondad de su corazon, rogó al Papa que esperase la vuelta de un correo, que enviaba á Inglaterra, á fin de hacer autorizar á los embajadores para concluir el negocio. Pero lejos de acceder á los votos de un amigo tan celoso envió Enrique órden á sus ministros de dar á entender al Papa, que no se le reconocia ya por juez en Inglaterra, y que apelaba al futuro concilio de cuanto habia hecho y podria hacer en lo venidero. Inmediatamente pidieron audiencia los embajadores, y manifestaron esta apelacion al Papa en persona. Clemente, sin romper abiertamente, dijo que daria su respuesta despues de haber consultado á los cardenales.

Cuando hubo conferenciado con ellos, hizo llamar á los embajadores y les dijo pacíficamente que su apelacion no era admisible. Éstos, lejos de alterarse, le significaron por segunda vez su apelacion, tanto en nombre del Rey, como en el del primado de Inglaterra: lo que ofendió tan vivamente al Papa, que en vez de dar oídos á las solicitudes que hacia todavía Francisco I, se esforzó, aunque en vano, á separarle de los intereses de Enrique VIII. Partió poco despues de Marsella, fuertemente irritado del insulto que habia recibido.

Francisco I, no obstante su mucho descontento, volvió á enviar á Londres quien hiciese en aquella corte las representaciones mas enérgicas. Escogió para esta comision á Juan de Bellay, obispo de París, muy grato al Rey de Inglaterra, y dotado de toda la destreza conveniente para manejar un espíritu tan profundo como estremado y caprichoso. Este obispo obró con efecto con tanta habilidad, que Enrique VIII, fluctuando sin cesar entre su conciencia y su funesta pasion, consintió en renovar otra vez sus negociaciones con el Papa. Y como para esto era necesario un agente de la mayor habilidad, creyó Enrique no poder emplear otro mejor que el mismo Bellay, el cual regresó luego á Francia, y partió inmediatamente para Italia, no obstante las muchas incomodidades de un invierno riguroso. Pero Enrique, ó solo acomodaba su conducta á las impresiones momentáneas, ó procedia deliberadamente como doloso y faláz (1).

(1) *Burn. l. 2. p. 210. &c.*

apostólica, de rendir, según el derecho canónico, obediencia á San Pedro en la persona del Papa y de sus sucesores, de guardar castidad, es decir, el celibato y la continencia perfecta, según está espresamente declarado por la Iglesia desde la ordenacion del subdiaconado. Deberia haber protestado tambien contra la misa que celebró en su consagracion, según la costumbre; contra todas las misas que celebró despues, á lo menos durante treinta años que vivió todavia Enrique VIII; contra todas las ordenaciones que hizo durante los mismos años, según los términos del pontifical, en que Enrique no mudó nada, lo mismo que en la misa; contra la potestad que creyó conferir á los presbíteros de idolatrar y de perpetuar la idolatría, *mudando por su santa bendicion el pan y el vino en cuerpo y en sangre de Jesucristo, así por los vivos como por los muertos.* ¿Para qué fue protestar contra la obligacion de obedecer al Papa, y no contra tantos otros actos mas contrarios al luteranismo? Porque acometiendo la primacia del Papa, lisongeaba á Enrique VIII, y no podia parecer luterano sin armar su indignacion. De aquí resulta que Cranmer fue á un mismo tiempo luterano, sacerdote bigamo, esposo afectando la pureza de las vírgenes, obispo, según el pontifical romano, sujeto al Papa cuya potestad aborrecia, celebrante y colador de la potestad de celebrar la misa que miraba como una abominacion. Véase aquí sin embargo la cabeza que una iglesia, en otro tiempo tan floreciente, pone á la par de los Atanasios, los Basilio, los Ambrosios y los

Agustinos. ¿Cuándo querrá el cielo rasgar una venda que forma tinieblas tan incomprensibles?

Cranmer, herege y cismático en su espíritu, no dejó de pedir bulas al Papa por dictámen del Rey, quien no queria romper entonces de un golpe con Roma, y el Pontífice que presentia demasiadamente lo que podia esperar de este perverso obispo, las concedió temiendo que la negativa llevase el mal al extremo, ó que se acelerase su último período. Procediendo Clemente en la forma mas graciosa, le envió las bulas sin exigir las annatas, añadiéndole el palio; y encargó al arzobispo de York y al obispo de Londres que se le revistiesen. Estas son las últimas bulas que se remitieron á Inglaterra; su fecha es de 22 de Febrero de 1533.

16. Luego que Cranmer se vió primado del reino, trabajó en el parlamento para disolver el matrimonio del Rey y legitimar su concubinato, que ya no permitia la política ocultar. No habiendo podido sujetarse á las lentitudes de las formalidades jurídicas la pasion de aquel Príncipe á Ana Bolena, se habia hecho y consumado este matrimonio antes de toda sentencia; y como esta segunda esposa estaba embarazada, no podia diferirse mas, sin imprimir al fruto adúlterino que traía, su natural infamia. El primado no ignoraba nada de estos vergonzosos secretos, y se valió de ellos para señalar su celo de un modo bastante inesperado (1). Dando á la adulacion el aire de la solicitud y del vigor episcopal, hizo al Rey una

(1) *Burn. t. 1. l. 1. p. 190. et seq.*

advertencia llena de gravedad tocante á su matrimonio con Catalina de Aragon, que él calificaba de incestuoso: es matrimonio (añadió con tono de un nuevo Juan Bautista) que daba á todo el mundo cristiano un escándalo, que no le permitia sufrir mas su carácter de pastor. Como tal, citó sobre esto al Rey y á la Reina ante sí, y procedió en forma; y no habiendo comparecido la Reina, pronunció el rígido prelado la contumacia, y declaró nulo el matrimonio desde su principio (1). No dejó de tomar en su sentencia, siguiendo la costumbre de sus predecesores, la cualidad de legado de la santa Sede, y esto lo hizo, como lo insinúa su apologista, para dar mas fuerza á su sentencia. ¿Puede enredarse mas groseramente el error y la iniquidad en sus mismos lazos? Cuando un arzobispo, sin reconocer al Papa ni á la santa Sede, les rinde homenaje, está plenamente justificado que este homenaje faláz sirvió para aumentar los placeres infames de su Rey. Cinco dias despues de la sentencia de nulidad del matrimonio de la Reina, aprobó aquel prelado rigorista el matrimonio anticipado de su rival.

Antes que Enrique VIII viniese á estos extremos, pero estando ya enteramente dispuesto á caer en ellos, este Príncipe, muy decidido por carácter, y sin embargo fuertemente agitado á vista de la perspectiva del precipicio á donde caminaba, escribió á Francisco I, rogándole que le enviase un hombre de confianza, por cuyo medio pudiese comunicarle muchas cosas

(1) *Ibid.* p. 195.

que solo podian depositarse en el seno de un amigo (1). Inmediatamente hizo partir Francisco al señor de Langey, y para animar á Enrique, le dió parte de una conferencia próxima que debia tener en Marsella con el Papa Clemente, el cual no dejaria de oír favorablemente á un Rey de Francia, en la coyuntura en que este iba á recibir por esposa para uno de sus hijos á una sobrina segunda del Pontífice. Añadió que convenia mucho que el mismo Enrique se hallase en esta conferencia: que su presencia serviria infinitamente mas á su causa, que toda la habilidad de sus representantes: finalmente, que no habia dificultades en el viage, pues solo se trataba de atravesar la Francia, donde seguramente no seria reverenciado menos que en su propio reino. El embajador francés desempeñó fielmente su comision; mas no pudo adelantar nada. El Rey Enrique le declaró, que en vista de la obstinacion de Clemente en no quererle dar jueces en Inglaterra, se habia casado con Ana Bolena, y que estaba resuelto á hacer anular su primer matrimonio por el arzobispo de Cantorberi; pero que el segundo, no obstante, permaneceria secreto hasta la vista del Rey de Francia con el Papa, á fin de no perjudicar al buen éxito de la negociacion. Creía entonces que esta conferencia se verificaria en el mes de Mayo; mas habiendo sido diferida al mes de Octubre, término á que no pudo llegar su paciencia, ó que no le permitió esperar Ana Bolena, como que no podia ocultar mas su embarazo, publicó en este intervalo su

(1) *Mem. du Ballay.* l. 4 p. 150. &c.